

aumento de gracia, para de esta suerte proporcionar á tan cariñoso Padre el singular contentamiento de ver cuán diferente es nuestra conducta en lo venidero? No sin razon debemos repetir con frecuencia: *De las faltas particulares de las personas piadosas, libranos, Señor.*» Existen Sacramentos, es verdad, para borrar el pecado; mas para la tibieza no hay absolutamente ninguno. ¡Qué digo ninguno! si es peor todavía! pues ¿quién, que haya tenido á su cargo la direccion de las almas, no sabe cuánto no endurece la Comunión frecuente á los corazones tibios? ¿Por ventura habeis vosotros conocido diez personas contagiadas de la tibieza, que fuesen todas curadas de semejante enfermedad? Y las nueve, ¿á qué debieron su curacion más que á la vergüenza que causaran en su ánimo las caidas en culpas mortales? ¡Juego es ¡ay! ciertamente bien desesperado el aguardar que las cárceles del infierno hagan las veces de las medicinas del cielo, arriesgando en semejante experimento nada ménos que la eternidad!

La Biblia es una revelacion de amor, mas no la única: para cada uno de nosotros existe además una revelacion particular y personal del divino amor, la cual consiste en la consideracion de aquella providencia paternal que

Dios ha tenido la dignacion de velar por nosotros durante todo el curso de nuestra vida mortal; porque, ¿quién es capaz de contemplar la larga cadena de gracias de que se va componiendo su vida, desde la hora en que recibió el bautismo hasta el presente, sin un sentimiento de sorpresa á la vista del infatigable esmero y cuidadosa solicitud que el amor de Dios ha desplegado hácia su persona? La manera como se han dispuesto las cosas para su dicha y mayor felicidad; la desaparicion de obstáculos, mientras á ellos se acercaba, y puntualmente cuando le parecian insuperables; las tentaciones trocadas en mercedes, y aquello mismo que á primera vista creia un castigo, enteramente cambiado en prueba muy regalada del divino amor: toda tribulacion ha sido para él un singular beneficio del cielo, los conocimientos casuales tuvieron su significacion é hicieron su oficio á las mil maravillas; cualquiera diria que el mismo amor, con toda su prevision, no hubiera podido tejer diferentemente la tela de su vida, aun cuando los hilos hubiesen sido puro amor, y nada más que amor; al pronto, ni siquiera tenia conciencia de semejantes portentos, ni sabia que Dios se hallaba tan cerca de su persona, porque no hay cosa de ménos ostenta-

cion que el amor paternal. Cuando Jacob formó su cabezera de duras piedras, y se echó á dormir, aunque tuvo la vision de la escala, nada vió de extraordinario en aquel sitio; despertó del sueño y exclamó:—*Verdaderamente, el Señor se encuentra en este lugar, y yo no lo sabia.* Deseando Moises ver á Dios, colocó el Señor en un agujero de la peña, le amparó con su diestra mientras pasaba su gloria inefable, y le dijo:—*Quitaré luego mi mano, y verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.* Tal es siempre la conducta de Dios: muéstrase con nosotros tierno, y amoroso, y benigno, y compasivo: arde nuestro corazon dentro del pecho, como ardia el de aquellos dos discípulos que iban hablando con Jesús por el camino de Emaus; pero hasta despues de habersé alejado de nuestra vista, no sabemos con entera certidumbre que fuese el mismo Dios, Señor nuestro.

Así es que solo por la meditacion podemos llegar á conocer á Dios: es menester que, á semejanza de la santísima Virgen María, pondereemos las cosas que se van sucediendo; que cual otro Isaiás, rumiemos y pensemos detenidamente las maravillas del Señor; que á ejemplo, en fin, de Jacob y David, guardemos en la memoria las divinas misericordias; que las pesemos, y conte-

mos, y hagamos de ellas una grande estimacion. Incesantemente estaba el primero ocupado en recordar su vida aventurera: Dios era para aquel Patriarca el Dios de Bethel, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac. ¿Cuál fué tambien la reprehension de David á su pueblo, sino que habia olvidado al Dios que hizo cosas grandes en Egipto, obras maravillosas en la tierra de Canaan, y terribles y espantosos portentos en el mar Rojo? Los beneficios que conocemos son más que suficientes para encendernos en la llama del divino amor, y eso que nunca llegaremos á conocer la mitad de ellos hasta el dia del juicio; porque, ¿quiénes somos nosotros para que Dios haya tenido la dignacion de legislar en favor nuestro, y hecho al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para complacernos? ¿No tenia ningun otro mundo que gobernar? ¿no existian otras criaturas más sabias, y más santas, y más bellas que nosotros? Sin embargo, lo que á nosotros más nos preocupa es la predestinacion y el castigo eterno del infierno, devanándonos los sesos, discurriendo sobre aquello que no podemos alterar ni aun comprender. Paréceme que semejante conducta es la cosa mas irracional del mundo; porque si bien poseemos bastantes nociones acerca de la Divinidad, pocas, ó acaso

ninguna tenemos fuera de aquellas que el mismo Señor ha tenido la dignacion de revelarnos; así es que, cuando argüimos contra Dios, apoyanse nuestros razonamientos, no sobre aquello que vemos, sino sobre lo que el Señor, en su infinita bondad, se ha servido enseñarnos de Si mismo. Ahora bien; es preciso observar aquí, y por lo comun pasa enteramente desapercibido, que el objeto principal de las enseñanzas de Dios es su misericordia infinita é inefable condescendencia: la severidad divina es el lado oscuro de la Majestad soberana y tremenda del Altísimo, no solo á causa del espanto que infunde en el ánimo, sino tambien por habernos dado el Eterno acerca de ella nociones muy escasas. Pero, tratándose del amor, ha sido copioso, explícito, minucioso: explica, repite, razona, arguye, persuade, se queja, invita, halaga, ensalza; de su inexorable indignacion, solamente una que otra vez deja caer alguna expresion de sus divinos labios: asústanos con la revelacion de sus terribles juicios; mas como espanta únicamente movido del amor hácia sus hijos los hombres, afánase luego por explicarla y suavizarla, y armonizarla.

Pero no esto solo: las expresiones mas espantosas sobre la alteza de sus juicios, son desaho-

gos más bien que revelaciones salidas de su boca divina, explosiones del asombro que embargaba el ánimo de sus criaturas, de Job, por ejemplo, de Isaías, de Pedro y de Pablo. Y aun cuando así no fuese, la terribilidad de semejantes frases es en sí misma una nueva prueba de su amor; porque, ¿podemos acaso nosotros adivinar lo que su sabiduría y misericordia infinitas quieren darnos á entender con semejante manera de conducirse? Así como no vemos sino un solo lado de la luna, así tampoco nos es concedido ver más que un lado de Dios; ¿cómo conocer, pues, aquello que no vemos? ¿Quién es capaz, en efecto, de contar las variadas manifestaciones de la infinita bondad, de Dios, los ingeniosos artificios de su misericordia, y las maravillas de su compasion hácia los hombres, criaturas suyas? Esfuérase por llamar nuestra atencion acerca de semejantes finezas de su amor; pero nosotros, de todo nos cuidamos ménos de esto: afanámonos por aquello mismo que Él quisiera que apenas pensáramos, y desdenamos ponderar todas aquellas inefables muéstras de cariño paternal que se digna darnos, y que son personales entre Él y nosotros; toques reales y sensibles de su abrasada caridad. Miéntras el Señor se está dando trázras por ordenar y enderezar las cosas para ganar nuestro amor,

nosotros, con descaro inconcebible, trabajamos por contrariar y poner estorbos á su ternura, y excesiva longanimidad y paciencia. Considerad por un momento la incomparable grandeza de ser dichosos por Dios; poneos en la balanza y pesaos con Él, y entónces vereis qué cosa es ocupar su divino entendimiento, llamar su atencion, probar su paciencia y provocar su amor! El mismo pensar en Dios es un blando lecho donde podemos acostarnos y descansar tranquilamente cuando más nos agrada; el recuerdo de su Majestad soberana causa en nuestro ánimo un gozo mayor que la vision de un Ángel, y es más vistoso y regalado que el rostro bellissimo de María, que tan embelesador y hechicero le hará aquella su dulce y agraciada sonrisa, al saludar gozosa, en la gloria, á nuestras almas justificadas, y ricamente engalanadas con el precioso ropaje de la santificacion y los brillantes aderezos de todas las virtudes. Que sea un Dios tan rico en perfecciones y misericordia, es más, incomparablemente más, que un simple reposo y descanso apacible: es un gozo y dicha inefable; que se haya servido amarnos con eterno amor, y que sea nuestro Padre muy cariñoso, es un gozo sobre todo gozo, y el mismo cielo incoado en la tierra. ¿No, será, pues, una maravi-

lla del mundo, que se tributen al Altísimo tan escasas acciones de gracias; un prodigio más grande que el raro ejercicio de la oracion, y un portento, últimamente, casi tan asombroso, como el portento incomparable de que Dios tenga la dignacion de amarnos con tan encendido amor de su corazon?

SECCION II.

El espíritu de los Santos es un espíritu de accion de gracias.

El espíritu característico de los Santos ha sido en todas las épocas un espíritu de accion de gracias: la accion de gracias fué siempre su oracion favorita; y cuando la humana ingratitud angustiaba su amor divino, convidaban entónces á los animales y criaturas inanimadas á bendecir á la infinita bondad de su Hacedor y Padre misericordioso y compasivo. Traslademos aquí un bellissimo pasaje de San Lorenzo Justiniano, en su *Tratado de la Obediencia* (1).—«Quienquiera que, son palabras del Santo, intentare enumerar todos los beneficios divinos, se asemejaría á aquel que tratase de encerrar en un pequeño vaso el inmenso piélago de aguas del vasto

(1) Cap. XXVIII.